

Jean-Christophe Tixier

**GUILTY**

#El Caso Patty Johnson



*Guilty – Derecho, Justicia*

## **Conviértete en agente de la justicia popular**

(Aplicación oficial del  
Ministerio de Justicia)

4,8 ★★★★★ 16 + 988 k

**Descarga gratuitamente la  
aplicación Guilty.**

Gracias a Guilty:

- Encuentra el perfil de todos los culpables con posibilidad de ser puestos en libertad;
- Participa, con un simple clic, en la elección de los próximos liberados;
- Sigue el desarrollo de su huida;
- Infórmate del destino final de cada uno, con alertas en tiempo real.

# **Culpable**

## **Toda persona que ha cometido un crimen, delito o infracción.**

### **Artículos 1, 2 y 3 de la ley sobre la liberación**

#### **Artículo 1:**

Toda persona que haya cumplido los tres primeros años de su pena de prisión es susceptible de ser designada, por el procedimiento llamado popular, para su liberación.

#### **Artículo 2:**

El o la liberada seguirá siendo culpable a ojos de la justicia y de la población. Él o ella será por lo tanto librado a sí mismo o misma y no podrá beneficiarse de ninguna ayuda o apoyo por parte de ninguna autoridad estatal.

#### **Artículo 3:**

Las personas o grupos de personas que atenten contra la vida de los liberados tendrán total impunidad. El secuestro, la tortura, así como toda violencia gratuita, siguen estando prohibidas y sí podrán ser objeto de persecución legal.

ME LLAMO PATTY. Tengo diecinueve años.

Mi vida cambió radicalmente un día de enero. Hacía buen tiempo. Debían de ser las cuatro de la tarde. El sol empezaba a esconderse y las esquinas de la calle a las que no llegaba la luz exhalaban un frío glacial. No sé por qué mi memoria ha conservado tantos detalles de ese instante.

La calle de anchas aceras se extendía ante nosotras. Los árboles sin hojas formaban una triste línea. Iris quería que le comprara una revista en la que se acababa de publicar un artículo sobre uno de sus grupos preferidos. Prefirió esperarme fuera. Coloqué su silla de ruedas para que estuviese de cara al sol y no tuviese frío. Bloquéé los frenos y entré en la tienda. No me costó encontrarla entre la multitud de publicaciones de tantas veces que Iris me había descrito la portada. A través de la vitrina, le enseñé la revista, me sonrió y, después, me puse en la cola para pagar. De pronto, la vendedora desvió la mirada para ver lo que estaba pasando detrás de mí, en la calle. Abrió la boca. Hice lo mismo que las otras dos personas que me precedían delante de la caja, me di la vuelta. Nunca podré olvidar la rueda que daba vueltas en el aire... Una rueda de su silla, convertida en un ridículo molino.

Dejé caer la revista y me precipité fuera. Iris estaba tendida en el suelo, inconsciente. Un fino hilo de sangre caía de su boca. Pedí a un hombre que levantara la silla de ruedas para poder volver a sentarla. Pero alguien dijo que, sobre todo, no había que moverla, que podía ser peligroso, que los médicos de la ambulancia se ocuparían de todo, que ya los habían llamado.

Me arrodillé al lado de Iris, le acaricié la mejilla con ternura, suplicándole que volviera a abrir los ojos. Le hablé. No dejé de hablarle. Le dije todo lo que me pasaba por la cabeza. Creo que incluso me inventé algún cuento. A nuestro alrededor se había congregado una pequeña multitud. Cada uno daba su versión. Estaban los que habían asistido a la agresión, los que explicaban por dónde había huido el atacante, otros que se lamentaban de tanta violencia gratuita.

¿Gratuita? No realmente. Más tarde, se supo que el tipo quería robarle el móvil. Un simple móvil.

Escuché la sirena de la ambulancia. Tuve la impresión de que no llegaría nunca. Y de pronto ya estaban ahí. La multitud se apartó. Un médico se precipitó sobre mi hermana, la auscultó y llamó a otro de sus colegas. Ya no sé lo que le dije, pero mi voz traicionaba la gravedad y la urgencia de la situación. Mientras manipulaban a Iris, yo no podía desviar la mirada de la sangre que manchaba su anorak rosa, ese que le gustaba tanto. Por fin, la instalaron dentro de la ambulancia. Uno de los paramédicos me preguntó su nombre, nuestra dirección. Me aconsejó

que avisara a nuestros padres y me dio el nombre del hospital donde se la llevaban. Me quedé en la acera, mirando a la ambulancia que se alejaba. La silla de ruedas de Iris seguía en el suelo. Seguramente la rueda seguía girando.

Iris pasó tres días en coma. Hicimos turnos para estar a su lado. Su estado se agravó de repente. Murió en plena noche. Mi madre estaba junto a ella.

Yo tenía dieciséis años. Iris, doce.

Había roto la crisálida, pero aún no se había convertido en mariposa.

Quedan menos de un millón de clics para que su agresor sea liberado.



# 1

DÍA 1, 21:50 H – HABITACIÓN DE PATTY

## ***Seraphin\_Up***

¿Un millón de clics? Puedo ayudarte. No es difícil manipular la opinión pública cuando se tienen las herramientas adecuadas ;-)

**21:50**

Al leer el mensaje, el corazón de Patty se acelera. Observa las frases con tanta intensidad que deja de pestañear. Después de unos segundos, las palabras empiezan a temblar en la luz azulada de la pantalla. La asaltan emociones contradictorias. La esperanza de llegar a los tres millones de clics para que el asesino de su hermana sea liberado. El asco que le provoca el cinismo desvergonzado de Seraphin\_Up. Si ha de ser honesta consigo misma, no son las palabras que utiliza las que la hacen sentir incómoda, sino el guiño de complicidad con el que termina la frase. Y además está ese pseudónimo, Seraphin\_Up, como un eco de la imagen que adorna el diario de su hermana, que sigue sobre su mesa de noche. Un ángel alado, con un brazo

apoyado sobre una nube y el otro doblado para reposar la barbilla sobre la palma de la mano.

Patty siempre ha creído que existe alguna forma de vida después de la muerte y también en las señales misteriosas, enviadas por los que han pasado al otro lado para iluminar o acompañar la existencia de quienes las ven. Iris está muerta. Sí. Ya no queda de ella nada más que ese diario, algunas fotos y los recuerdos que le queman el corazón. Nada más. Patty, sin embargo, sabe que Iris está ahí, con ella, y que guía sus pasos.

Se levanta para coger el diario. Acaricia la portada y siente que las lágrimas le inundan los ojos. Lo utiliza como un herramienta de adivinación para decidir qué hacer en cada situación. Toma una larga bocanada de aire, abre una página al azar y lee: «Esta mañana, el cielo es tan azul que los pájaros que lo atraviesan parecen peces. Envidio su ligereza. Su agilidad. Poder volar. Sentir el viento en el pelo. Mirar la tierra desde arriba y no volver a aterrizar. Nunca».

Patty vuelve a cerrar el diario. Las lágrimas que caen por sus mejillas parecen ácido. Piensa en el significado del mensaje durante unos instantes. De pronto, todo se ilumina. El alma de su hermana quiere volar, pero algo la retiene aquí abajo. ¿Y si Séraphin es la clave de todo?

—Iris —murmura—. Te echo tanto de menos.

Abraza el diario de su hermana mientras mira fijamente la foto de la pared. Fue tomada seis meses antes de su muerte, en un parque de atracciones. El rostro de Iris y su boca entreabierta permiten imaginar el grito súper agudo y entusiasta que lanzaba mientras la montaña rusa descendía en picado. Patty cierra los ojos para volver a escuchar el eco de los gritos de alegría de su hermana, que cubrían la música y las risas de los otros niños. Se acuerda de la inmensa felicidad de Iris cuando la montaña rusa por fin paró. Dos hombres la ayudaron a volver a subirse a la silla de ruedas. Pero en el instante en el que se había hecho esa foto, la silla de ruedas no existía. Tampoco la parálisis de sus piernas y todo el séquito de problemas que engendrabá. Iris era simplemente feliz. Y era tan bonito de ver.

Patty vuelve a abrir los ojos. Se queda inmóvil un momento. Vuelve a dejar el diario en la mesita, mira fijamente el ángel de la portada y vuelve a la mesa para reactivar el ordenador, que ha entrado en modo reposo. Inmediatamente aparece un nuevo mensaje.

### ***Seraphin\_Up***

¿Y bien? ¿No te interesa mi propuesta? Marc Bardys se te va a escapar.

**22:04**

Por mucho que Patty esté convencida de que es su hermana quien ha puesto a ese tal Séraphin en su camino para que la ayude, no puede evitar tensarse y mirar a su alrededor, sintiéndose espiada. Se levanta, corre las cortinas y vuelve a sentarse. Paranoia. Pronunciar esa palabra no le basta para volver a sentirse bien. En algún lugar, en la otra punta del país o a dos calles de ahí, un desconocido está al acecho de su reacción y espera una respuesta.

Vuelve a fijarse en el ángel de la portada del diario y después abre la aplicación Guilty para ver la pestaña que muestra los contadores.

**Gladys Tromer**

2 135 612

**Marc Bardys**

2 003 678

**Charlie Viall**

1 374 408

El asesino de su hermana ha pasado a la segunda posición.

Una oleada de rabia la invade, atiza el fuego de su ira y hace que su herida interna vuelva a sangrar. Desde hacía quince días, el contador de Marc Bardys evolucionaba favorablemente, lo que le hacía pensar que pronto alcanzaría el objetivo de tres millones de clics y que solo hacía falta paciencia. Hablaba con la gente,

enviaba mails a todos sus conocidos para empujarlos a clicar y que animasen a sus redes de amigos a hacer lo mismo. Había participado en una cadena de radio exhortando a los oyentes a participar. Pero ya no era suficiente. Marc Bardys se le estaba escapando.

Recuerda la promesa que hizo a Iris en el hospital como si hubiese sido ayer. Su madre había salido a por un café y la había dejado sola en aquella habitación de la unidad de cuidados intensivos con su hermana pequeña. Con una redecilla en la cabeza. Vestida con una blusa blanca. Con fundas de plástico azul para los zapatos.

Iris estaba intubada. El soplido regular del respirador artificial hinchaba su pecho. Patty miraba las gráficas de colores que bailaban en la pantalla de control. Una farsa macabra de fascinante regularidad.

Quiso tomar la mano de Iris entre las suyas, pero solo la rozó. Estaba inerte y tan suave. Le había costado varios minutos atreverse a posar la mirada sobre el rostro de su hermana. En algunos lugares, las vendas dejaban ver arañazos y moratones. El resto de su cara estaba pálido, sin expresión. Casi irreconocible. Eso era lo que más la enfadaba. Había pronunciado tres palabras en voz alta: «Pagará por esto». Y esas tres palabras la unían a Iris, como en una especie de juramento solemne arrancado al enfado como ofrenda por la vida de su hermana.

Desde entonces, Patty se había convencido de que no podría descansar hasta que su asesino se pudriera en prisión, o en otra parte.

—Pagaré por esto.

La penumbra que envuelve la habitación le provoca un escalofrío. Enciende la luz. Cegadora, tranquilizadora. Fija la mirada en la pantalla, siente que una decisión crece en su pecho hasta ahogar cualquier otro pensamiento. Está a punto de responder al mensaje de Séraphin, pero duda un instante, con las manos suspendidas sobre el teclado.

—Pagara por esto —murmura otra vez, con los labios entrecerrados.

Le gustaría hablar de la belleza de su hermana, de sus sueños rotos, de la admiración que sentía hacia la valentía que Iris demostraba cada día al afrontar su existencia con una sonrisa, de los tres días de agonía. Pero no quiere que parezca que está intentando justificarse. Así que se contenta con lo esencial:

***Patty @Seraphin\_Up***

¿Qué propones?

22:28

No despega los ojos de la pantalla mientras espera la respuesta. Debería haber tratado de averiguar algo más sobre su misterioso interlocutor, en vez de ser tan directa. Piensa en lo que podría añadir cuando aparece la respuesta.

***Seraphin\_Up @Patty***

Sobran las opciones. Resultados garantizados. Encontrémonos, será lo más fácil.

**22:29**

El aire parece congelarse. Se pasa una mano por el rostro, como barriendo las últimas dudas.

***Patty @Seraphin\_Up***

¿Cuándo?

**22:29**

***Seraphin\_Up @Patty***

Ahora. ¿Por qué esperar?

**22:30**